REPERTORIO AMERICANO

PUBLICADO QUINCENALMENTE POR GARCÍA MONGE Y CÍA., EDITORES

VOL. I | SAN JOSÉ DE COSTA RICA, SÁBADO 1º DE NOVIEMBRE DE 1919 | Nº 6

SUMARIO

Las fuerzas de la opinión pública

TAL vez nuestras observaciones resulten ser de un valor muy teórico, pero seguiremos dándole vuelta a estas cosas en el afán de hacer sentir la verdad de un hecho fundamental: siempre se ha querido atribuir a una razón económica el origen de los trastornos sociales de un pueblo. No es despreciable, seguramente, esta causa. Sin embargo, es más cierto que el origen de todas estas dolencias públicas sea de un orden puramente moral, y consiste en la mayor o menor fuerza de resistencia que el ciudadano, por sí, o la sociedad, le puede oponer al mal que siempre trabaja en contra del hombre. Fuerzas de resistencia que las desarrolla y fortalece una educación excelente o que las debilita el mal hábito y las aniquila la ignorancia y el vicio.

Y así es, no combatiremos el mal común; no organizaremos mejor nuestra sociedad propia; no nos libertaremos del engaño de nuestro destino como no demos una amplia tensión a nuestras fuerzas morales. En esto, las enfermedades del espíritu siguen un mismo desarrollo, comparadas con las enfermedades del cuerpo: bien es sabido que toda enfermedad es una consecuencia natural de un estado de decaimiento orgánico. Mientras el individuo conserva su fortaleza física, serán mejor sus condiciones de defensa para combatir las dolencias que le asalten, y a su vez, la libertad que se anhela, y la justicia y el orden y una civilización, son siempre expresiones de un espíritu público saludable e íntegro. Todo esto se pierde o se menoscaba cuando una nación cree que lo ha perdido todo, que nada tiene que defender y entrega su alma a la abyección y a la muerte. Debe haber alguna cosa que mantenga al ciudadano en frente de sus peligros, que lo estimule a conjurarlos y a combatirlos.

Debe haber cierto interés en colocarse en este punto de vista y en examinar desde él los sucesos de la patria, las inclinaciones de ella, sus destinos, sus instituciones y sus hombres. Sólo de esta manera es posible comenzar a explicarse fenómenos inauditos que parecen romper con el espíritu de la nación o con aquello que era ya costumbre o principio de conducta o se le tenía por tal. El ciudadano no podrá explicarse fácilmente el origen de la revolución del 27 de enero, si no se coloca en una posición semejante y no sacará lección de tal trastorno como ande buscando en causas puramente externas el origen íntimo de tales sucesos. Lo que tiene de ser cierto es que la patria no pudo defenderse de la tiranía, y la consecuencia de ello es de lo más triste, porque a estas horas no se sabe si está preparada para no dejarse sorprender por la tiranía, que adopta a veces formas simuladas, y es el peor de los casos.

El régimen creado por el movimiento militar del 27 de enero, nació de una serie de complicidades inmorales. Insistimos en advertir que tenemos interés en ver el problema, no como un mero incidente político, sino como un hecho social, porque creemos que para reparar los desatinos cometidos y que edifican mal ejemplo, estamos obligados a buscar en las instituciones sociales, las fuerzas que necesita el país para recobrar lo que ha perdido, para afirmar lo poco bueno que haya podido salvar y para determinar más sanos principios de conducta pública. El 27 de enero se inicia con un acto de deslealtad cometido en contra de un amigo y de un jefe. Es verdad que en política la virtud es muy relativa y que no es inflexible. Con todo, para quien esté libre de interés alguno que no sea el de la verdad y no ande comprometido en el juego de los convencionalismos que hay en el fondo de todo suceso humano, el mal siempre es el mal, el pecado siempre es pecado, y el crimen no queda ni debe ser justificado por el éxito. Los políticos hablan de procedimientos supremos: ¿qué importan las obligaciones que impone la amistad, cuando el interés nacional exige de nosotros un sacrificio? Sí, pero tampoco en este caso, el crimen deja de ser crimen, ni la infidelidad puede llegar a ser una norma. El hombre cree también que ha inventado una teoría muy cómoda, la de que del mal no es difícil hacer un servidor del bien. Nosotros no lo creemos así: el bien nacido de este arbitrio es un producto híbrido y anti-natural. La virtud es inflexible y no admite transacciones con el mal. Lo que le sucede a la sociedad humana es que parte de su edificio descansa sobre errores ancestrales y consentidos y que en ocasiones no hay otro camino para salir del peligro y de las humillaciones, que el mal. Conviene, dirán los más exigentes, conviene matar al tirano. Convendrá para muchos, acaso, pero tampoco eso es todo.

El 27 de enero de 1917, que fué para muchos y durante un tiempo, fecha gloriosa y de las que inician eras nuevas y significan momento de reivindicaciones sociales, según el lenguaje de los periódicos, tenía de repugnante eso: haber falseado los sentimientos de una amistad tantas veces protestada y ofrecer el hecho a la consideración del ciudadano como un procedimiento aceptable y aplicable. ¿Pero, dirán algunos, no se ha levantado el hijo contra el padre, y el hermano contra el hermano por satisfacer ambición propia? ¿No ha matado la esposa a su marido el rey, delante de sus hijos y para exaltar al amante y vivir de amor infame, como resulta de la tragedia helénica?

El éxito pudo hacer de la audaz empresa, un mérito a los ojos del político. En buena moral sencilla y no puritana ni ocasional, el éxito no posee medicina para quitar a los hechos su atributo propio.

Pero el mal no estaba todo en el acto de la deslealtad y este es el caso, porque, para establecer la verdad justa de las cosas en lo que ello conviene para el interés social, no debe sorprenderse la opinión del mayor número concentrando la responsabilidad de los errores cometidos en una o dos personas, siendo tantas aquellas que las saludaron como victoriosas de una batalla fácil y que estaban en mejores condiciones de ánimo para repudiar con energía un procedimiento de tal naturaleza.

Debe preocupar grandemente a quien vea en el fondo de todo esto sin prevención alguna, la facilidad con que se aplaudía el delito y se aclamaba al hombre afortunado, la facilidad con que se justificaba que el amigo pagara con ingratitud deuda de amistad. Tanto más que en nada de esto había interés superior que moviera el ánimo de los que ejecutaron la tragedia y de quienes los aplaudieron de lejos o de cerca. No es posible que el mal encuentre glorificación en el hombre de bien. Pero aquello nacía de una serie de complicidades todas oscuras: de la ambición política de unos, de la necesidad de fortuna de otros, de querer vivir en holganza y vicio de tantos y a costa del caudal público, de la pobreza de no pocos, de todos los intereses, grandes o pequeños, que agitan la pasión del hombre y que hacen del ciudadano ocioso un instrumento cómodo para los desordenes políticos, de los cuales la única que pierde es la patria como entidad moral, puesto que se falsean los principios de su conciencia, puesto que se la habitúa al delito, puesto que se acostumbra al ciudadano a ver en la cosa pública ocasión de provecho.

Nuestro propósito no es de acusar, sino de hacer ver. Hacer ver lo falso de estas situaciones monstruosas que pueden doler al ciudadano bueno. Hacer ver cuán peligrosas son estas dos formas de política, la que cree que todos los procedimientos los justifica el éxito, política de veneno y de puñal y de deshonra, política de hipocresía y de mentira, de humillación y de debilidad, y esta otra de exaltarse por entusiasmo pasajero y sin meditación alguna por las glorias falsas o muy relativas de todo caudillo político, de los nuestros casi siempre improvisados y sostenidos por las clases que gobiernan.

La república que todos quieren en teoría y en la práctica no podrá salir nunca de vicios y menos aún de delitos y jamás de debilidades cualesquiera que sea el concepto que se tenga de los medios políticos. A los ciudadanos les conviene—en lo que a esto respecta—saber distinguir y jamás ceder. Creer que el tirano conviene en determinado momento para librarse de un mal gobierno, no es otra cosa que una torpe aberración. Hay ciertas enfermedades que se disimulan provocando dolencias más cómodas, pero no por eso la salud se equilibra ni por eso se deja de ser un enfermo.

Tampoco la república ha de nacer del delirio de sus gentes. El régimen republicano es por excelencia de examen. El destino fatal de nuestras democracias es el de hacer todo lo de su vida por arrebatos de un instante para satisfacer necesidades de última hora, y por no haberse ejercitado en la disciplina del examen que es obra lenta y activa: en general, los sucesos se admiten como se presentan: resultan buenos o malos, sin que los hombres pongan en ello su prudencia ni su cautela.

El 27 de enero fué uno de estos productos históricos que surgen de la locura de una hora y que son no más que un castigo para los que intervinieron en ello. Se hablaba entonces de una revolución o de una evolución, y esto es lo más interesante, porque a estas horas se puede decir con seguridad que nadie sabía qué preocupaciones nacionales iban a ser resueltas por la acción de ese movimiento.

Todavía a estas horas no es justo que hagamos el examen histórico de la Administración del Lic. González Flores, y decimos que no es justo, porque eso fué de ayer y los ánimos no están suficientemente reposados para hacer o admitir juicios exactos o admisibles al menos. Hay que reconocer, sin embargo, estos dos hechos, que sirven para explicarse en una parte, las tendencias y la obra de esa administración: de un lado, que la situación del país era incierta y más bien, llena de peligros. La guerra europea se había ya convertido en la enfermedad del mundo, y que el presidente, por otro, afrontaba con audacia el problema financiero y creyó que aquel era el momento apropiado para darle a nuestro problema económico una solución atrevida.

Pocos le quisieron abonar con justicia estas dos circunstancias. Le cobraban, eso sí, sus errores de gobierno, siempre muchos para toda oposición sistemática, y siempre muchos en nuestras repúblicas socialistas en donde el Presidente no tiene ni recursos ni oportunidad para satisfacer los múltiples intereses, del país en general y los de los particulares, exigencias de enemigos y solicitaciones de amigos, ilimitadas e irrefrenables, sobre todo del amigo político que tanto hace valer la amistad que cree otorgar al Presidente. Le cobraban también su deseo de hacerse sentir: en fin, era joven, ocupaba alta magistratura y se creía llamado a realizar obra grande. Cuando se insinuó la idea de su posible reelección, nadie pensó en que se le podía combatir o en que se le debía combatir con las fuerzas de la opinión pública. Se acudió desesperadamente al golpe de cuartel tan oscuro de por sí, tan sospechoso cuando se piensa en los muchos que jugaron la partida, tan ofensivo para la república, respecto de aquellos que la tienen por una forma ideal, que la conciben para servicio de la libertad, fundada sobre costumbres limpias, sostenida sobre principios morales y sobre doctrinas justas, libre de prácticas inciviles o por lo menos deseosa de ello, y que vive o debe vivir del juego fácil de las ideas de los ciudadanos. Pero entonces se demostró que la libertad es un bien muy relativo y que se la puede entregar sin temores a un caudillo victorioso, que no puede amarla porque no la conoce en su ánimo, que ya no la respeta porque ha visto mal ejemplo en los otros; que la opinión pública la dirige con más éxito la perfidia del político, el coraje del que pretende prebenda oficial y cree ganársela o hacerse merecedor de ella haciendo escándalo.

¿Qué preocupaciones nacionales venía a atender el nuevo gobierno? ¿Las de la libertad? eso era ilusorio. ¿Las económicas? El Licenciado González Flores había planteado el asunto. ¿Preocupaciones internacionales? No las había de un valor inmediato. ¿Qué problema grande y perentorio se quiso solucionar con aquel desorden? Debe asombrar al ciudadano ahora que puede ver de lejos los acontecimientos y sin la turbación febril de aquel instante, la falta de razón de los hechos, la gran mentira con que trabajan las clases políticas a las cuales faltan principios definidos, tendencias claras y miras honradas.

Pero todavía más, y es el no saber apreciar el valor activo de la opinión pública, cuya manifestación libre y natural es una condición inevitable y orgánica del régimen democrático. No habiéndosela formado—por falta de educación propia del ciudadano—no es posible aprovecharla y lo que en nuestras repúblicas se llama opinión pública son pronunciamientos de las masas dirigidas por el interés de grupos políticos, y no obra de examen ni de discusión.

Un análisis más sensato de los hechos, un estudio más perspicaz de los hombres, menos precipitación, menos violencia, menos desatino, nos habría evitado todas las consecuencias, muchas de las cuales producen tristeza y humillación, de aquel atentado que afectaba no solamente a un régimen establecido sino, más profundamente aún, a la conciencia de la nación, a la cual se la quiso sorprender con los resplandores de una supuesta hazaña

heroica, cuando lo que se había cometido era un gran error. La exaltación de las masas fué lo que dejó al país con una reserva muy limitada de fuerzas morales para su defensa. Política de exaltación, decimos nosotros, y la censuramos con toda la fuerza de nuestro ánimo. Si la república quiere vivir dentro de su propio espíritu, que implica ejercicio de la libertad, no es natural que las cuestiones nacionales se abandonen a la ventura de los delirios populares que no pueden engendrar sino tempestades, por buenos que sean.

No hallamos como relacionar esta forma de la política que aprovecha los entusiasmos ciegos de la muchedumbre, y que en ciertas circunstancias es un síntoma de decadencia de las instituciones de la república, con las tendencias de ésta a perfeccionarse, con su aspiración a la justicia, con su anhelo de vivir en prácticas regulares, por la fuerza de doctrinas y virtudes, que permitan al ciudadano tener patria con orgullo y al hombre sentirse hombre en las excelencias de su naturaleza moral. La política de exaltar es buena para el jacobinismo ambicioso, para el caudillo que hace de la sorpresa su elemento de acción, para soluciones fáciles y prontas, que siempre son las del mal. La república se desarrolla en conducta más lenta, por hechos que se depuran, por la intervención de hombres que no temen el juicio ajeno, por el debate de los asuntos que interesan a todos. Es una grande escuela o una grande disciplina del hombre que ama la libertad la cual quiere utilizar como una fuerza constructiva de su espíritu.

Y es bueno también advertir que el ciudadano no se improvisa, que se forma del buen ejemplo, de las costumbres correctas, que lo hace en trabajo persistente y hondo, construyendo en él el sentido de su poder, la conciencia de su vida social; que da a su voluntad motivos superiores de acción, que da a su alma devociones nobles y que da, sobre todo, a su pensamiento actividad y dirección. Porque el otro error social es la incapacidad del mayor número para pensar por cuenta propia en lo que interesa a sí mismo y en lo que interesa a los demás en la medida en que él es un elemento de una colectividad, en dejar que sean otros los que piensen y que no siempre lo hacen con generoso impulso. Pereza de pensar se llamaría a esta dolencia que pone a los ciudadanos al servicio de causas oscuras y de sorpresas llenas de peligros y de males irreparables.

RÓMULO TOVAR.

UNA HORA ANTE NORTE AMERICA

A 260 metros de altura la torre del Woodworth permite ver ampliamente a Nueva York. Estuve ahí a las 9 de la mañana en un día de verano cuya luminosidad apagaba en el lejano horizonte ligera niebla gris. Por un momento vista y oído parecen obnubilados: el mar hacia el oriente, las dos corrientes del East y del Hudson que circundan a Manhatan separándola de Brooklyn y New Jersey, y una perspectiva indefinida hacia el ocaso, tan inalcanzable a la vista que la ciudad parece dilatarse a través del continente de un mar a otro, dan una impresión agobiadora.

El hacinamiento inarmónico y chocante de la ciudad baja, muelles, inmensos edificios comerciales, templos grises, la eterna fealdad del ladrillo rojo oscuro y de la piedra más oscura aún, color de chocolate, alejan toda emoción estética desde el principio. Pero al pie de la torre las multitudes cruzan afanosas, vistas desde ahí como un enjambre de hormigas, los carros se ven diminutos como juguetes infantiles, y sin embargo los ojos no alcanzan a abarcar el conjunto de la urbe gigantesca. Ella se impone. Su palpitación aturde a los oídos: es un traquetreo de trenes y de fábricas en confusión babilónica que da la impresión de un estruendo indefinido, como si millares de Vulcanos mitológicos golpearan millares de ayunques. Es la laboriosidad yanki que se agita con un enardecimiento de lucha febril, estruendosa y desbordante.

El espíritu perplejo un instante entiende poco a poco que está ante la plena civilización material, ante el afán de la industria, la fiebre del oro y la confusión espiritual de una agitación ciclópea. La vista de millares de fábricas y de millones de hombres bajo la impresión de un desbordamiento de energía con ritmo palpitante, del afán incontenible de una ambición superlativa, inhibe todo pensamiento y aturde la imaginación. Es como la encrucijada de la humanidad, como el nodo de fuerza de la ambición humana, el ciclón de la civilización industrial moderna.

Y saliendo de su confusión el espíritu entiende poco a poco estar ante la máxima capacidad volitiva del hombre y busca orientarse en la interpretación de ese mundo: Allá vagamente se perciben un museo de arte y una biblioteca pública de severa y hermosa arquitectura, museos de ordenación metódica y grandemente ilustrativos, la aglomeración fabril, los innumerables trenes como ramales nerviosos, la libertad de acción y el horizonte indefinido. Entonces cobra un significado espiritual ese turbión de vida. La confusión de templos de tan diversas religiones, la confusión de lenguas de tan distintas razas, la nota de arte allá apagada en esa aglomeración fabril, aparece como la fragua ardiente de todas las energías del hombre en la tierra propicia del Continente americano.

Ingleses y flamencos puritanos que emigraron en busca de libertad religiosa, irlandeses, italianos y españoles que huyeron de la opresión de los dueños de las tierras de labor, semitas perseguidos por un odio ancestral, armenios desvalidos, polacos subyugados, alemanes estrechos en su tierra patria, eslavos sedientos de libertad política, todos los pueblos y todas las razas que sufren de asfixia espiritual o económica llegaron aquí. Y aquí sus cansados pulmones respiran el aire libre de las planicies americanas y sangre nueva baña sus corazones, refresca sus ideas; y enardecidos de entusiasmo, ambiciosos y libres, sacuden el yugo ancestral y construyen esta inmensa democracia donde la acción no tiene más límites que el de la propia voluntad, hecha ley común; y crean estos torrentes de oro que como un alud fecunda la vida de la raza mediante la educación, la holgura, la higiene y el placer.

El espíritu entiende así una solución de los angustiosos problemas fundamentales de la humanidad: holgura de cuerpo y libertad de ideas en esta creación democrática en que tácitamente han convenido los pueblos de toda la haz de la tierra. Es la realización inesperada y aun incomprendida de los muchos sueños de muchas razas. La humanidad puede ver ahí, hechos vida real, muchos de sus enantes reprimidos anhelos.

Como tal, la democracia americana es una resultante feliz. Cierta universalidad la distingue; y su carácter es único, expresión de una amalgama indescifrable, y no de una raza especial como se ha dicho, de la cual apenas retiene el barniz uniforme de la lengua, que a su vez rápidamente busca modalidades acordes con el nuevo temperamento nacional.

Es el campo donde brotó la semilla de ilusiones de todos los pueblos: en Igualdad: aquí las castas agobiadas crearon su gobierno propio; en Libertad, se la dieron plena para su religión y sus ideales; en Riqueza, no tiene más limitación que la de su capacidad productora. Así resolvieron los crueles problemas que agobiaron a la humanidad hasta los tiempos contemporáneos.

Y abordaron dos más aún, último baluarte de los conflictos sociales: el problema de la mujer y el problema del trabajo, que no es aventurado decir lograrán muy pronto sastisfactoria solución. La esclava pasional del hombre ha alcanzado tal independencia y dominio, tal protección legal y libertad de empresas que por mucho tiempo desequilibrará la vieja balanza de las relaciones familiares, interesante reacción que cumple definir a un futuro no muy lejano quizás. Y el asalariado a su vez halla justicia en la participación proporcional de los dividendos de la industria, como alto salario, como amortización de habitaciones obreras, como efectiva participación de utilidades, resolviendo así calladamente el conflicto que tiene aún pendiente la civilización europea.

De esta manera, en el dilatado y fecundo suelo americano todos los desniveles y enfermedades sociales de todas las razas de la tierra hallaron solución pacífica y fecunda. La higiene pública y privada, la educación armónica del cuerpo y del espíritu, la holgura que permite pan suficiente y amenas distracciones, vinieron después a corregir la flacura de la sangre progenitora, a elevar el nivel de la raza a altos niveles de energía, de entusiasmo fecundo, y, por consiguiente, de bondad. Y la nación es hoy adulta en su carácter, con algunos rasgos de niño apenas, como cumple que sea si es un pueblo joven: predominio de acción muscular, imaginación emprendedora, plenitud de juegos, porque el plasma celular está fresco aún; poco análisis metafísico, poco ensueño estético, poca elación místico-dolorosa, porque no hay cúmulo estancado de emociones; toscos por excesiva despreocupación, pero bondadosos de espíritu sin embargo; danzarines y juguetones hasta los setenta años; equilibrados y vigorosos, no conocen miedo ni vacilación dilatoria; embriagados por el sentimiento de su propia capacidad, son orgullosos ante lo extraño, incomprensivos del valor ajeno, como niños que no entienden nada fuera de sus egoístas impresiones; curiosos y escépticos a la vez, contemplan la civilización europea con ojos un poco deslumbrados, como salvaje que observa collares de vidrio.

Así la democracia americana aparece como un refugio de castas oprimidas por la naturaleza impropicia o la acción tradicional improvidente de las categorías sociales. Es la resultante histórica de veinticinco siglos de esfuerzo humano en pro de una nivelación más equitativa de las relaciones morales, políticas y religiosas. El rey del dólar y el hijo ignaro del inmigrante no se obstruyen nunca el paso en los andenes, cada uno lleva su derecha, y si acaso chocan por error, ambos por igual se dan excusas; el senador de la República levanta tribuna en el recodo de las calles y les dice a las multitudes racionalmente: yo obtuve para vosotros *tales* garantías y *tales* otras pienso obtener si me dais vuestro voto nuevamente; el conductor religioso, sacerdote, pastor o rabino, habla en tono de amistosa persuasión, o de convincente raciocinio, y nunca asume imposiciones melodramáticas de autoridad audaz; el profesor busca un compañerismo amistoso con el discípulo, sin cuidarse de actitudes dogmatizantes, ni de posturas de artificioso encumbramiento.

Woolworth Building, New York.

Naturalmente la perfección, como los espejismos, es meta inasequible, y a medida que el hombre avanza en la solución de sus problemas, surgen nuevos conflictos inesperados y conturbadores. La práctica liberación de la mujer americana trastrueca prodigiosamente el viejo cauce de la moral tradicional, e irá creando nuevas normas para esta nueva situación. El bello sexo tiene demasiado dominio en el corazón del hombre para no imponerle sus aspiraciones, y aunque el hombre americano se acomoda ya a la independencia de su esposa y de su hija aun, cierta superioridad de ellas parece iniciarse, como mayor agilidad mental, mayor suspicacia, que puede invertir las relaciones domésticas o al menos enfriarlas hasta el apagamiento de un utilitarismo o cuando más de muy dudosa eugénesis: Ninguna profecía es afirmar desde ahora, sin embargo, una reacción futura por parte de la mujer misma, por lo que tiene de madre, sobre todo; o, ya que no puede haber guerra entre los sexos, surgirá una moral feminista.

La nueva situación económica enciende con el calor de mil posibilidades inmoderado amor de oro. El producto de esta inmigración de razas castigadas durante siglos por la miseria será, como la raza judía, un adorador de la riqueza y podrá llegar a cierto grado de endurecimiento sentimental en su persecución desenfrenada. El oro será un patrón de medida de la capacidad, y ya se percibe también la despreocupación hacia el inepto por naturaleza o ineficaz por fortuna. Nueva Lacedemonia, con moral espartana respecto de los débiles en un orden comercial, tendrá que surgir con muy poco andar de los tiempos. El héroe nacional reviste algo de atleta, el héroe social tiene algo de banquero; la eficiencia en todo caso será la diosa Razón de los americanos del futuro, como ya es su mayor entusiasmo. El parásito por debilidad o por maldad, es un enemigo común que se tiende hoy a corregir y mañana quizá se trate de eliminar tranquila-

mente. Pero esa diosa Eficiencia del americano del norte, madrina hada del dólar, les irá cercando el espíritu en más y más limitadas concentraciones.

La misma ordenación eficaz de los estudios, el equilibrio de la vida orgánica y de la satisfacción espiritual, el desarrollo armónico de las facultades con ser un maravilloso avance en el mejoramiento de la raza, traerá una ordenación mecánica, sin estallidos geniales, sin afán por los problemas de la cultura trascendental. La especialización satisfará a la eficiencia apetecida, y el confort adormecerá la parte emocional, dejando sin fuerza de propulsión a la imaginación creadora. Ni la filosofía, ni la religión, ni el arte, tendrán mucho que agradecer a esta nueva especie equilibrada y más feliz. Que la necesidad crea la industria, el conflicto de las pasiones crea el arte, y la insatisfacción del espíritu descubre la verdad. Suprimidos estos factores hay un apagamiento deplorable que se puede prever y aun palpar en la gran democracia americana.

Alrededor de estas dificultades hay mil y mil más en decreciente gradación. El espíritu las compara con los beneficios obtenidos y tiene que afirmar que ha surgido no un mundo de ideales, sino un mundo de civilización, equilibrado y eficiente, bello dentro de sus destinos y útil a la humanidad entera. ¿De dónde nos vendrá lo restante, la parte ideal que devuelva la armonía al espíritu del hombre? Yo no sé qué atracción misteriosa me conduce a pensar en la América Latina y en aquella parte norte del continente europeo, en estas razas que aún no han desarrollado su ideal de cultura ante la civilización del mundo, pero que ya dan de sí pruebas fehacientes de un maravilloso poder de intuición genial, de portentosas asociaciones conturbadoras, como Rusia y Escandinavia, cuyos precursores apenas, y ya gigantes, fueron Ibsen y Tolstoy...

Ahí desde la torre del Woodworth, a 260 metros de altura, entre el Atlántico y el Continente americano, quizá por la grandeza del panorama y el estruendo de la inmensa urbe, mi pensamiento recorrió febrilmente una nueva perspectiva de evolución humana.

Nueva York, 1917.

LUIS LÓPEZ DE MEZA

(Cultura, Bogotá, junio de 1919).

MOTIVOS DE MEDITACION

Ante la Guerra y por Hispanoamérica una

Conferencia leída en el Teatro Municipal de Caracas
el 12 de octubre de 1918

A LA JUVENTUD ESTUDIOSA DE HISPANOAMERICA

(Viene de la página 72).

Nuestro hibridismo no ha hecho sino prolongar, intensificándolo en América, el hibridismo español originario. Y al amparo de una misma religión, bajo la fuerza de costumbres análogas, trabajado por el mágico instrumento espiritual de una misma lengua, nuestro hibridismo obedeció y obedece a las mismas leyes que rigieron el dilatado proceso del hibridismo peninsular, de acuerdo con el principio enunciado por el italiano Loría para la evolución económica, extendido lógicamente por el angloamericano Stevens a toda la evolución político-social, aplicado por Vallenilla Lanz entre nosotros al estudio de nuestros orígenes, principio según el cual, así como en el desarrollo del feto del ser vivo, toda la evolución de la especie, la vida político-social de la colonia reproduce, a la vez en escorzo y compendio, todas las fases de la evolución de la metrópoli. Así, al sentimiento democrático popular de la Península que amasó y fundió a iberos, fenicios, cartagineses, romanos y romanizados, con germanos, árabes y bereberes en el solo y duro bloque granítico de la nacionalidad española, hasta hacer un día convivir fraternalmente bajo el techo esplendoroso de la mezquita cordobesa a Mahoma y a Jehová, responde el sentimiento democrático popular que, mientras pueda encaminarlas a una fusión perfecta, ha unido y hecho convivir a las tres razas o sub-razas originarias constitutivas de nuestra nación, tan fraternalmente que, excepto raras veleidades de la colonia y de los primeros días de la independencia, jamás hubo en Venezuela propiamente lucha o antagonismo de razas, y nuestra igualdad política y civil no fué mera teoría de la ley sino práctica viva y efectiva, hasta ser hoy cosa diaria y corriente, como todos vosotros lo sabéis, la ascensión de hombres pertenecientes a las razas llamadas antes inferiores, así a lo en apariencia menos accesible de la escala social como a los más altos puestos y dignidades de la República. En este respecto, que es herencia genuinamente española, podemos dar a muchos pueblos, y no recibir de ninguno, lección de democracia.

Mas, reconocernos españoles no implica por fuerza que seamos ni hayamos nunca sido servilmente españoles. Como los individuos en la familia, nosotros, y con nosotros todos y cada uno de los pueblos de América, poseemos caracteres, modalidades y rasgos propios dentro de la familia hispana. Ya desde los días de la Colonia el hispano-americano en general abrió su espíritu despierto y ágil a todas las corrientes de la cultura. Conforme al ideal de enseñanza de Michelet, dentro del cual debe la enseñanza de padres a hijos continuar y coronarse en la enseñanza de los hijos a los padres; y contra la arbitraria afirmación de Baroja, hija quizás de una recóndita mulatez intelectual, como explicable resabio de provincia donde acamparon largamente los bereberes y en cuyos villajes y villas resaltan de tiempo en tiempo, desde los días de Tácito, la tez morena y la encrespada crin de la gente que demora al Sur de Gibraltar, gracias a nuestro espíritu curioso y cosmopolita, aunque siquiera sea en ideal y etéreo aporte de vana literatura, los iberoamericanos hemos incorporado algo muy de nosotros en el alma de la España moderna.

Hoy, en el momento menos oportuno, cuando se proyectan y danzan sobre nosotros, como diabólicas y apocalípticas hechuras, los enormes visajes trágicos de Calibán en guerra, algunos cándidos bachilleres o doctores en agraz, dóciles a un heredado y contradictorio vicio del ser, imaginando flamantes novedades lo que son errores viejos de siglos, nos proponen imitar, como si tal suerte de imitación no reclamase una correspondiente base orgánica, a los Estados Unidos, a Francia, a Inglaterra, a Alemania o a otro cualquiera de los grandes pueblos del orbe. Según los doctos noveles, tan rancia panacea manifestará su extraordinaria eficacia y virtud en el caso de resignarnos a dejar de ser españoles; pero, y aquí está lo arduo del problema, conservándonos latinos. ¡Como si pudiéramos alardear de latinos, pasando por encima de España! ¡Como si la problemática chispa de sangre latina que circula en nuestras arterias no nos viniese de aquella España romanizada que ilustra los fastos de la primera latinidad con buena falange de filósofos, moralistas, poetas y emperadores!

El viejo error no ha hecho sino resucitar y crecer merced a la causa de las causas actuales, merced a la gue-

rra. No es tal vez de oportunidad, ni entra en mi ánimo, aunque para ello dispongamos ya de un inagotable acervo de episodios, trazaros con un cuadro de la guerra, su dramática psicología; pero no es posible tampoco olvidarla, ni mucho menos desdeñarla como fuente de mal, de tristeza y de error, porque nada ha pervertido, emponzoñado y conturbado tanto la conciencia de la humanidad, como la presente catástrofe del mundo. No me refiero, desde luego, a quienes por un legítimo y sagrado interés de raza, de nacionalidad, o siquiera de estirpe, tienen puesto su corazón en el centro mismo de la catástrofe. Aludo sólo a quienes material o moralmente la guerra fustiga de lejos, a título de simples humanos, con su destrenzada cabellera de Medusa. La espontánea y casi nunca razonada simpatía de cada uno hacia este o aquel pueblo, la natural tendencia a defender la más o menos considerable parcela de cultura que de este o aquel pueblo se recibió, mantenidas y exaltadas de una parte por la sola prolongación del conflicto, y de otra parte por las gigantescas propagandas tendenciosas echadas a volar con alas de mentira y fantaseos interesados de publicistas, prensa y cable de todos los países en lucha, han acabado por suscitar la bestia cavernaria en toda su fiereza dentro del corazón de los hombres. No hace mucho, un escritor nuestro, Pocaterra denunciaba esos instintos de asesinato plácido y burgués en algunos de los que se detienen ante las pizarras donde la prensa local anticipa a sus lectores las noticias diarias de la guerra, a extasiarse, como ante la cifra de un premio gordo si éste fuera suyo, ante el número enorme de víctimas que ese día constituye el siniestro lote del pueblo de quien gratuitamente se han declarado contrarios. Hay quien llega a la apuesta, como ante una trivial riña de gallos, en tan macabro deporte, como hay también quien celebra y enumera con toda ingenuidad y beatitud los grandes progresos realizados a favor de la guerra, por la industria, entre muchos otros beneficios.

Muy bien sé que la guerra es a veces inevitable, necesaria y aun utilísima; pensadores y escritores de todos los países la han ensalzado y loado; yo mismo, pecador de mí, en un libro de mi primera juventud, canté los frutos de su vientre diabólico; pero, como todo evoluciona, la guerra, sin nosotros advertirlo, había evolucionado más allá de toda previsión, más allá de cuanto pudiera adivinarse entre las mismas alucinaciones de la locura; porque todas las guerras antiguas y modernas aparecen como idílicos pasatiempos, como fáciles juegos de niños, frente a ésta que, partiendo del grupo de las más prósperas naciones, gravita con su ingente pesadumbre sobre pueblos e individuos y atraviesa la tierra toda como una herida, como una úlcera, como una lepra abominable.

Todos los progresos de que se ufanan los partidarios de la guerra, estaban ya en germen en la paz, y todos ellos a la vez, con su probable desarrollo, no nos resarcen de la pérdida de tanto germen sofocado cuando estaba próximo a estallar, preñado de futuro. Entre los hombres que viven dignamente su vida, dedicados a una noble actividad intelectual o material, no hay uno, así sea de avanzada la época de su muerte, que no se lleve la secreta amargura de haber dejado un plan por trazar, un proyecto por emprender, o una obra empezada por concluir; y si esto sucede a hombres muertos en la vejez, imaginaos lo que sucederá a hombres de veinte a cuarenta años, en flor de juventud o en plena madurez de vida, cuando ésta se despliega a sus ojos en perspectiva interminable y el estudio y la vocación ya les han dicho cuáles serán su puesto y su obra y hasta las consecuencias de su obra en el taller del obrero, en el taller del artista, en el laboratorio del sabio; y así, con un fácil esfuerzo de imaginación, os aproximaréis a calcular con tino, en calidad y número, cuanto capullo de arte, cuanto milagro de ciencia, cuanta maravilla del trabajo, cuanta potencialidad, en suma, ha caido traicionada, asesinada, en la fosa de pantano y de dolor de las trincheras.

El instinto de asesinato, no saciado, se deriva y complace en tan continuo asalto a las conciencias, que las guerras de Independencia, la Revolución francesa y la Reforma parece como si se hubieran salido de la historia y no significasen hoy conquista alguna para la libertad humana. Cada venezolano, durante nuestra edad media política, debía confesarse godo o liberal, y si alguno, por ingenua despreocupación partidaria, o porque participara de un tercer punto de vista, o considerase buenos muchos otros puntos de vista, no se dejaba, o no aparentaba siquiera dejarse encasillar en la casilla gualda o en la casilla roja, ése era víctima irredimible y segura de los dos bandos contendientes. Pues, ahora, la grosera imposición reprochada a nuestra barbarie, la han practicado y practican por la sobrehaz del planeta, y a la luz meridiana, muy civilizadas poblaciones e ilustres gremios e individuos. Cada uno pretende imponer su filia, o más bien su fobia determinada, porque, al parecer, el amor a los de un bando tiene su expresión cabal y única en el odio exclusivo a los del otro.

Por lo que a mí respecta, en mi corazón no se ha apoderado jamás fobia alguna: mi espíritu se reconoce deudor a la cultura de casi todas las naciones beligerantes y se cree capaz de conciliar todas las filias en una armonía suprema. Si he desesperado alguna vez de nuestra civilización, hasta verla condenada al naufragio y a la muerte en la gran charca de púrpura que es el vasto campamento de Europa, fué ante el pensamiento de que, representando en su mayoría las naciones beligerantes, además de la mayor suma de fuerza y de riqueza, la mayor suma de inteligencia, no pudieran impedir o al menos limitar la catástrofe, y fracasaran por medio de sus pensadores y estadistas, en el empeño, realizado sin duda, de encontrar, cosa no difícil así entre los individuos como entre los pueblos, aquella línea de coincidencia de intereses de que una vez nos habló Ferri, con su prodigiosa grandilocuencia latina, en la Universidad de Buenos Aires. Pero no extinguido ni limitado el incendio, cerrados los pasos a todo buen deseo de mediar, muchos espíritus optaron por situarse en la línea fronteriza, por encima de la lucha, o, para decirlo con la célebre expresión del escritor francés Romain Rolland, *audessus de la melée*, en actitud que fué bautizada de olimpismo con ironía desdeñosa. Tal fué desde el primer instante mi actitud espiritual, y no rehuyo el nombre de olimpista a ese respecto. A nadie aconsejo el soberbio olimpismo de un Rolland, porque para adoptarlo se necesita de una soberana alteza de espíritu como de una extrahumana bravura. No se necesita menos para, en el momento de ser invadida la patria, salir de ella, posponer el espíritu de patria al más

Repertorio Americano

Antología de la prensa castellana y extranjera.
De Filosofía y Letras, Artes, Ciencias y Educación, Misceláneas y Documentos.

Publicado quincenalmente por

GARCÍA MONGE y CÍA.,
EDITORES

Apartado 533

SAN JOSÉ, COSTA RICA, C. A.

ECONOMIA DE LA REVISTA

El número suelto..............	¢ 0-40
La serie trimestral (6 entregas), pagada por anticipado y solicitada a la Administración...	2-00
Para el extranjero, el número suelto..........................	$ 0-15 oro am.
La serie anual (24 entregas)...	3-00 » »
La página de avisos, por inserción..........................	20-00 » »

En el contrato semestral de avisos se da un 5% de descuento. En el anual, un 10%.

abstracto de humanidad y, a trueque del sacrificio de amistades y amores, contra todos los corrientes conceptos y prejuicios humanos, mientras abajo un ejército de hombres de la misma sangre y patria cae y desaparece entre las mallas de la cabellera medusea tejida de granadas y de bombas, guarece la integridad, la serenidad, el señorío de la conciencia, en la región solitaria de las costumbres, a la vera del inmutable candor de los enhiestos glaciales de Suiza. Pero, si no me atrevo a recomendaros una actitud que llegado el caso, yo quizás no asumiría, sí os aconsejo, y no me cansaré de aconsejar a todos, parciales y neutrales, el más humano olimpismo de Barbusse, ese otro escritor también francés que, aceptando el concepto ambiente de patria y el ambiente concepto de los deberes correlativos, cumple en silencio el deber del soldado, pero mientras maneja la bayoneta y el fusil, conserva íntegra su conciencia y no deshonra su pluma. Soldado y escritor, vive y describe la guerra, y mientras la vive y hace como francés, nos la pinta como artista, como pensador, como hombre, con rasgos desnudos y crueles de insuperable verdad, sin aspavientos de vulgar patriotería, hasta hacernos entrar en propia carne el dolor, no el de la carne francesa que es la suya, sino el sencillo y eterno dolor humano, y dejarnos ver en la guerra la sola humanidad, toda la humanidad palpitante bajo el fuego como un colgajo aún trémulo de vida, chorreando sangre y lágrimas como un sangriento Eccehomo. No conozco, en toda la literatura casi siempre nefasta de la guerra, un libro como «El Fuego,» de Barbusse, tan fuerte y humano. Es caso tal vez único, pues a juzgar de lo que sabemos con certeza, nada ha sido a esta guerra tan extraño como un claro sentimiento de humanidad y un verdadero sentimiento religioso. Porque nadie osará pretender que tales sentimientos estén representados con toda pureza en ninguna cruz roja reteñida con los colores de cada bandera beligerante. Sobre la lúgubre cerrazón de tristeza, de duelo y de sangre, ha faltado hasta aquella paloma hermana de la que bajara sobre los apóstoles, aquella sabia paloma de paz, enigmática y dulce, que fué la sonrisa de León XIII. Nos hallamos hoy de pronto, muy lejos del Evangelio, muy lejos de Jesús, muy lejos del alma cerágica de un Francisco de Asís.

¿Será nuestra civilización realmente cristiana? Ignoro si os habéis formulado esa pregunta; pero, viendo la verdad frente a frente, parece que ha dejado de serlo y que no debiera seguir usurpando ese nombre. Se trata quizás de un eclipse, o se está preparando, a venir a sorprendernos, una nueva transformación del sentimiento religioso, como aquella que, según Fustel de Coulanges, constituyó la familia humana sobre otras bases y presidió al paso de la ciudad antigua a la sociedad moderna, cuando el padre de familia perdió su primitivo carácter sacerdotal y la religión dejó de ser disciplina del Estado, para convertirse en disciplina o, como dijo el Libertador, en ley de la conciencia. La hipótesis de un cambio en el sentimiento religioso, está sostenida en la esperanza de asentar sobre mejores bases la sociedad humana. A través de la guerra, en Alemania primero y después en casi todos los países beligerantes, ha venido acercándose al triunfo, si no triunfando ya definitivamente, una forma del socialismo. Y es posible que, mientras los causantes del conflicto y los nuevos maestros de democracia no saben a dónde la vorágine los lleva, del mismo exceso de horror de la presente guerra nos venga la salud, con la aurora de una nueva sociedad constituida de tal modo, que no esté en las manos de un hombre, ni de un bando de políticos, ni de un conciliábulo de diplomáticos sin escrúpulos, ni de una clase social poderosa, promover impunemente la repetición de la catástrofe.

Entre tanto, es tiempo ya de que volvamos de nuestra última salida quijotesca. Llevados del ardor de la batalla, en la generosidad irrazonable de nuestras simpatías, muchos de nosotros dejamos de ser venezolanos, colombianos, argentinos, brasileros, mexicanos, chilenos, de Hispano américa, en fin, para hacernos franceses, ingleses, estadunidenses, alemanes o rusos. Volvamos cada cual a nuestra patria pequeña y, después de trabajar por ella primero, preocupémonos y trabajemos en seguida por Hispanoamérica, la patria de todos, nuestra gran patria futura, sin que en uno ni otro caso dejemos de ser nunca españoles.

Prevengámonos contra esos modernos maestros de democracia que, al aspirar a establecer sobre bases nuevas la sociedad de las naciones, destruyen la base misma de su obra ideal, cuando se arrogan el derecho de hablar a nombre de las naciones pequeñas, contra el viejo canon por el que a nación alguna le es dado renunciar ni delegar ese derecho sin perder su entidad y personería. Aplicado a las naciones, el concepto de pequeñez cae, como todo, bajo las leyes de la relatividad. No es la nación el territorio más o menos amplio, delimitado por fronteras, ni el mayor o menor número de habitantes, ni la mayor o menor capacidad económica, sino todo eso a la vez, amasado, fundido y animado por vínculos y espíritu de tradición y de raza, y por fuerzas de todo orden, intelectuales y morales, imposibles de someter a medida, peso y número. Paraguay, entre nosotros, pequeña en Hispanoamérica, dió a las más grandes naciones y a todas las edades una

COSTA RICA AGRICOLA



Fot. Alsina

Un almácigo de café en Orosi, provincia de Cartago. Finca de Pirie y Pacheco

lección incomparable de heroísmo. Holanda, trabajadora y artista, con su raza una, y Suiza y Bélgica, serias e industriales, con su raza heterogénea, pequeñas en Europa, aventajan por más de un motivo en la conciencia de la humanidad a grandes repúblicas e imperios. Y si la histórica labor de la humanidad tomase a nuestros ojos figura de basílica, y apareciesen en ella y en orden de alteza colocadas bajo forma de estatuas las naciones, por sus filósofos y hombres de Estado, por sus poetas y artistas, por sólo Aristóteles y Platón, Grecia, geográficamente pequeña, económicamente inferior, militarmente vencida, anulada y muerta, surgiría sobre todas con los rasgos de Hebe, la diosa de la juventud, porque ella representa en la historia la eterna juventud del espíritu humano.

¿Somos pequeños? Pues hagámonos grandes. ¿Somos débiles? Pues hagámonos fuertes, por el trabajo, la ciencia y la industria, en la paz y en el orden, sin olvidar aquella terapéutica del hierro de que una vez nos hablara Zumeta, y no le oímos. Aunque hoy lo quisiéramos, ya no podemos dejar de oir el consejo, porque hace cuatro años de modo insistente nos llega tronando en la boca fatídica de los cañones. Primero que nada seamos de la patria que nos tocó en suerte, de nuestro país, y venezolanos, colombianos, costarricenses, peruanos, argentinos, o chilenos, abstengámonos de participar en esas políticas aviesas que, con el señuelo de un estupendo progreso material, entre otros de igual jaez, embaucan a los tontos, e imaginando, a veces de buena fe, proceder, por personales decepciones, fracasos y rencillas, contra un hombre, un partido, una actitud de política interna o externa, un gobierno, o una generación, no se dan cuenta de que están traicionando a la patria.

Honremos, lustremos, amemos y hagamos prosperar la patria pequeña con un nacionalismo activo, pero sano y prudente, que sepa cuando deja de ser nacionalismo puro y empieza a trocarse en hostilidad e invasión; que no requiera para exaltar el modesto candil de gloria de la casa, apagar el faro del vecino; que ampare y tenga más bien como propias las glorias de todas las demás patrias pequeñas, y, antes de estorbar, ayude así a la realización y advenimiento del segundo término, aunque necesario, todavía ideal de nuestra vida, el sueño del Libertador, Hispanoamérica una. Y mientras, incorporando lo mejor de la cultura de todos los pueblos, trabajemos por la patria chica y por la futura patria grande, no olvidemos la orientación hereditaria, el origen y el ser españoles, ni a España, la patria de siempre.

Hay un hecho para mí henchido de significación, pues no me resigno a verlo como coincidencia trivial, y es la espontánea actitud asumida a causa de la guerra ante el mundo, por casi todos aquellos pueblos de cepa hispana que tienen una brillante y positiva tradición histórica. Desde Europa, España, como la tierra madre de América, preside; y a este lado del Atlántico aparecen, en el Norte, México, la patria de Hidalgo; enseguida Salvador, que si no fué la patria de Morazán, es la tierra que Morazán ilustró con su gobierno y su espíritu, símbolo de orden superior, de patria grande y unidad en la América del Centro; y por último, Venezuela y Argentina, con Chile y Colombia, el grupo de pueblos que tras un ímpetu concorde, con Bolívar y San Martín, en suprema conjunción admirable, realizaron la independencia de toda la América del Sur.

Si así os place, podéis ver en ese cuadro una simple coincidencia. Cuanto a mí, me complazco en verlo como la concreción cristalina de la savia originaria en su arquitectura lógica. Y ante la recóndita armonía de ese cuadro, se abre a mi corazón un horizonte de esperanza y de fe, porque imagino que —así como en un tiempo, al sol de primavera de un 19 de Abril y de un 25 de Mayo, nuestras ciudades, dispersas en un territorio vastísimo, incomunicadas a manera de islas intelectuales y morales, políticas y económicas, vibraron, sin embargo, casi al unísono, se trasmitieron sus vibraciones y, convertidas de pronto en centros de una red nerviosa oculta, crearon y propagaron un verdadero y vivo sentimiento nacional del uno al otro extremo de América—tal vez algún día baje de los Pirineos a nosotros, a través del misterio de la Atlántida dormida, y corra desde México a los polares términos de esta América del Sur, con un calofrío de gloria, el anuncio de un simultáneo y múltiple reflorecimiento de la raza.

MANUEL DÍAZ RODRÍGUEZ

La sombra infinita

Arboles del cementerio
llenos de sombra y misterio;

pinos de sueños profundos
y sauces meditabundos.

Melancólicos cipreses
que al cielo elevan sus preces
por los éxodos inciertos
de los muertos.

Playa de tristes recodos
y de ribera escondida
adonde confluyen todos
los caminos de la vida.

Pinos de intenso ramaje
en donde el ábrego zumba
que amparan al que hace el viaje
de ultratumba.

Viejos y lánguidos sauces
que en actitud taciturna,
bajo la sombra nocturna
que se cierra,
miran las lúgubres fauces
que abre la muerte en la tierra.

Ciprés necropolitano
que de silencio vestido
parece frente al arcano
grito de angustia y de olvido.

Mármoles de los sepulcros
tan brillantes y tan pulcros;

fúnebres lápidas hechas
para el dolor de las fechas!

Coronas sobre las puertas
de las bóvedas inciertas;

campanas de oficio noble
y de tímpano fatal
que sólo saben del doble
funeral!...

Cruces clavadas en serie
sobre la humildad del suelo,
como brazos sin consuelo
abiertos en la intemperie!

Decidme cuál es el rumbo
de la nave que se va
sobre el agua y sobre el tumbo
del oscuro «más allá».

Sepulturero que ves
con claros ojos sencillos,
dime qué sigue después
de tus trágicos ladrillos...

Dónde repercute el eco
de ese golpe áspero y seco
que la caja terminal
produce al colmar el hueco
de lo negro y lo fatal.

Dime si es vida serena
lo que está del otro lado,
de aquello que tú has pegado
con mezcla de cal y arena.

Arbol que está en la ribera
por donde el humano enjambre
pasa a la sombra infinita:

dime qué es lo que palpita
arriba de tu cimera
y abajo de tu raigambre!

CARLOS VILLAFAÑE

(*Cromos*. Bogotá, 1919).

La intervención y el despotismo

En nueva carta, este joven compatriota me explicó que cuando publicó su artículo no fué «para alzar un grito contra nuestros odios políticos, sino para elevar una protesta de jóvenes espíritus venezolanos... sobre todo cuando sabíamos de ciertas gestiones antipatrióticas en el exterior referentes a la idea... de una intervención en Venezuela». Y agrega: «...envié a usted ese artículo, al defensor de la libertad de pueblos intervenidos en América, y no para que lo juzgase el político enardecido». Esta segunda carta es extensa de dos páginas, y más que la anterior y que el artículo de protesta, es notable por la persistencia de su silencio cuanto al despotismo.

No somos políticos venezolanos. No podríamos serlo aunque quisiéramos, sencillamente porque en Venezuela no hay política, siendo como es un país despotizado. No hay política ni políticos bajo el despotismo. No hay sino amos y parias. No es político quien, como nosotros, ha vivido siempre en la cárcel y en el destierro, porque ha conspirado donde quiera que ha respirado contra el despotismo.

No hay odios políticos en Venezuela, porque no hay partidos políticos, ni siquiera facciones, ni nada. Todo ha sido destruido por el despotismo. No hay sino un pueblo esclavo y triste, que naturalmente odia a sus opresores. El único odio en Venezuela es el odio al despotismo. Por desgracia es un odio impotente. Pero no hay odios políticos, porque no hay política, ni políticos, sino esclavitud y esclavos, bajo el reinado del terror.

Si hay venezolanos en el extranjero que desean la intervención y trabajan por ella, esto no es sino un síntoma y una revelación de los efectos del despotismo. Y es al propio tiempo la prueba de que el despotismo es el peligro. El intervencionismo es un producto del despotismo, un signo inequívoco de muerte nacional, ocasionada por largos, sucesivos, incurables e implacables despotismos.

Si hay en el extranjero venezolanos que piensan en la intervención, es simplemente lógico suponer que los hay también en el interior del país, aunque mudos e inertes por el terror. Cuando un pueblo pone en la intervención extranjera su sola esperanza de redención, es porque ha llegado al extremo de la desesperación y la impotencia bajo el despotismo. Es un pueblo moribundo.

¿Está Venezuela en este caso? Esta es la cuestión que debe preocupar a los espíritus que aman a la patria con amor inteligente y son capaces de ver y comprender las cosas. Pero es vano y estúpido protestar en tales circunstancias contra la intervención y el intervencionismo o los intervencionistas, es decir, contra el efecto, cuando no es denuncia, y se deja impune y tranquilo en su monstruosidad, protegido y robustecido por la propia protesta

> *Un joven compatriota venezolano, a quien no conozco, me escribió de la Habana en enero último:*
>
> *«Conociendo como conozco sus ideas... contra todo propósito de intervención extranjera en Venezuela, tengo especial placer en remitirle el recorte de un artículo mío publicado aquí... En esas líneas verá usted la protesta de varios venezolanos jóvenes que deseamos el bienestar de Venezuela, pero siempre lejos de todo protectorado...»*
>
> *Le contesté:*
>
> *«... No puedo dejar de expresar la impresión de sorpresa con que he visto en el recorte y en su carta, que usted no tiene nada que decir contra el despotismo y tiene mucho que decir contra la intervención extranjera, la cual, a ser del todo posible en Venezuela, no sería sino como resultado del largo despotismo que arruina y deshonra a la nación. El origen de su artículo, «Los Intervencionistas Venezolanos», parece ser un cablegrama de los agentes del despotismo en Curazao propalando la calumnia de que algunos venezolanos habían salido de Caracas para Wáshington a denunciar al Gobierno de Venezuela. No me explico cómo puede usted dar crédito a las imposturas del despotismo en Venezuela. A usted que es joven y dice hablar en nombre de un grupo de jóvenes venezolanos, yo digo que no es contra la mentira de la intervención sino contra la infamia y el crimen del despotismo que deben ustedes protestar; y que, en todo caso, el deber de ustedes, como hombres inteligentes y sinceros, es reconocer y declarar que la intervención extranjera en América es y ha sido siempre la consecuencia de una situación creada por el despotismo; y que, si alguna vez el extranjero interviene en Venezuela, no será porque unos cuantos venezolanos, políticos o no, pidan la intervención, sino porque la provoca el despotismo. No olviden ustedes que el enemigo y el peligro es el despotismo, y que el deber de ustedes, como el de todo hombre de honor y de corazón, es odiar al despotismo y combatirlo».*

contra la intervención, al despotismo, es decir, la causa.

Nosotros no creemos en los patriotas que odian la intervención y no odian o no saben odiar al despotismo, de que es y ha sido siempre consecuencia la intervención. Nosotros despreciamos profundamente a la juventud que no odia o no sabe odiar al despotismo. Sentimos infinita piedad por un joven que nos dice, como nuestro compatriota de la Habana, *no soy precisamente antigomista*, mientras declama su aversión a la intervención. Y en esta declaración, en la que vemos la psicología y el estado mental que el novelista pintó magistralmente en el marido de Madame Bovary cuando dice al amante de su mujer: *no lo odio a usted*, creemos encontrar en gran parte la explicación del despotismo en Venezuela.

La primera pasión y el primer deber del patriotismo, es y debe ser el odio y la guerra mortal al despotismo. Son dignos de su yugo y su cadena los pueblos que no odian y no persiguen a muerte el despotismo. No hay patria bajo la tiranía; y cuando no se odia al tirano y no se lucha por su exterminio, es porque no se ama a la patria ni se es joven, ni se es hombre, ni se es nada. Para nosotros, Sarmiento merece la estatua que le levantaron en Palermo, simplemente por su odio y su guerra contra Rosas.

Hay en Veracruz, en México, todos los años, una ceremonia de glorificación de los *héroes* que murieron combatiendo contra las fuerzas de la intervención americana en 1914. Yo no he creído nunca en estos héroes, desde entonces llamados «los héroes de Veracruz» y pienso en ellos con honda tristeza. El sacrificio de sus vidas habría sido realmente heroico y útil si hubieran caído con sus armas dirigidas contra el pecho del tirano que había ocasionado aquel conflicto. Murieron, en cambio, puede decirse, defendiendo al despotismo. No hay muerte honrosa bajo la tiranía. La sola muerte digna del hombre bajo el despotismo, es la que se recibe en la lucha contra el déspota. El poeta cuya memoria yo más amo en América es Néstor Galindo, herido en la desastrosa batalla del cerro de la Cantería, a la vista de la ciudad de Potosí, y asesinado por Melgarejo con su propia mano entre los prisioneros en el campo mismo de la acción. La lira ha podido cantar a este paladín:

. . . .

¡Atrás vano pesar! la fama empieza
tu nombre a enaltecer de gente en gente.
Joven gallardo, liberal y bravo,
retaste a la insolente tiranía
que hollarte pudo muerto, nunca esclavo.

Ese fué un héroe, digno de vivir en el amor y la admiración de las almas viriles de todas las generaciones. La muerte de este poeta cubre con su gloria y su trágica belleza la vergüenza de los poetas cantores y explotadores del despotismo en América.

Se observará que nadie sobrepuja al déspota, y a los áulicos del despotismo en América, en el rigor y la intransigencia del sentimiento nacionalista. Nadie es más enemigo de la intervención que el déspota. Nadie es más decidido sostenedor de la soberanía y

la independencia nacional. Y la razón es obvia. Pero en los países en que la intervención ha sido en favor del déspota, el despotismo y sus áulicos no sólo la han acogido sino que la han pedido. ¿No inauguró Gómez su era suplicando por cable a las potencias que enviaran sus barcos de guerra a Venezuela en protección de su Gobierno en 1908? ¿Quién fué más vehemente sostenedor de la soberanía nacional que aquel mono energúmeno de Cipriano Castro? ¿Y quien como él humilló a Venezuela ante el extranjero? ¿Quién provocó como él la intervención con sus intemperancias y sus locuras? La humillante ceremonia del saludo a la bandera, que Huerta rehusó a todo trance, aquel enano epiléptico de las montañas andinas la aceptó blandamente y en silencio en las aguas de la Guayra. Venezuela ni siquiera lo supo. Se supo años después por el Ministro Bowen, signatario por Castro de los infamantes protocolos de Wáshington.

Ignoran lo más elemental y lo más vital los que se empeñan en ignorar que el despotismo es el peligro. Después de los ejemplos de Panamá, Nicaragua, Santo Domingo, México y Cuba, gritar contra la intervención sin combatir al despotismo, es ladrar a la luna. La intervención no depende de nuestra voluntad, ni se detendrá con la protesta de un patriotismo verbal y sentimental. Podemos denunciarla y condenarla como un atentado y como un crimen; pero existirá siempre como un hecho espantoso y aplastante. Nuestra sola labor debe ser evitarla; y el solo medio de evitarla es suprimiendo su causa constante, es decir, el despotismo y la guerra civil, y fundando la paz estable bajo un gobierno legítimo expresión fiel de la voluntad popular.

Yo soy enemigo de la intervención, pero lo soy también y antes que todo del despotismo, y lo odio y lo combato sobre todo porque es la causa, tarde o temprano, de la intervención extranjera.

JACINTO LÓPEZ

(*El Magazine de la Raza*, Nueva York, junio de 1919).

VITAMINAS

Glándulas de secreción interna.—La fealdad y la belleza

La palabra «vitamina» es de reciente uso y, sin embargo, ya tiene garantizada la existencia y ocupa lugar señalado en el léxico científico, como que con ella se denominan substancias nutritivas de inmensa importancia y en cuyo estudio están comprometidos muchos cientistas americanos y europeos.

La naturaleza de las vitaminas apenas ha sido sospechada; pero de lo poco que de ellas se sabe bien puede afirmarse que su estudio promete ser de incalculable valor en el terreno de los fenómenos nutritivos.

El profesor Hopkins, tratando de dar una explicación comprensible sobre un problema tan complicado, nos dice que la función de las vitaminas en los procesos bioquímicos es comparable a la del cemento en las construcciones materiales; ellas sirven para relacionar y estrellar las vinculaciones entre las substancias proteínas, los carbonhidratos, las grasas, las sales y el agua que contiene el cuerpo humano.

Es bien sabido que tales substancias, sin el auxilio de las vitaminas, no pueden de por sí producir y mantener la vida. Suministrándolas en forma sintética se ha comprobado, que, lejos de aprovechar, producen muy graves desarreglos orgánicos, tales como la detención del crecimiento en los niños y la muerte cuando dicho tratamiento es prolongado.

Para restablecer la salud en tales casos y encauzar de nuevo los procesos normales, es indispensable un riguroso régimen dietético a base de leche natural en muy pequeñas dosis.

De tales hechos se ha deducido que los alimentos sintéticos, los que el hombre produce en el laboratorio, difieren considerablemente de los que la naturaleza elabora, y que tal diferencia proviene de la falta de las vitaminas, sin cuyo concurso se hace imposible la asimilación nutritiva.

La composición química de estas substancias de tan valioso recurso en los fenómenos bioquímicos, apenas comienza a ser estudiada con todo interés. De tales verificaciones se ha comprobado que el reino animal es el gran productor de vitaminas y que las hay de diferentes clases y de mucha solubilidad en el agua y los aceites. También presentan una notoria resistencia al calor y a los agentes drásticos.

La vitamina «B», por ejemplo, se encuentra en el embrión de los cereales, y cuando éstos se pilan demasiado y se pulverizan pierden sus condiciones nutritivas y devienen nocivos para la salud. El beriberi, la pelagra, el escorbuto y el raquitismo, provienen de la ingestión de arroces demasiado limpios, no porque éstos contengan gérmenes infecciosos, sino porque al pilarlos y limpiarlos pierden las vitaminas y con ellas todo su valor alimenticio. Esta clase de vitaminas es de una gran solubilidad en el agua.

Las vitaminas «A» son solubles especialmente en los aceites y grasas animales. La crema de la leche es rica en vitaminas de esta clase, lo mismo que los aceites de pescado. Los aceites vegetales carecen de ellas, y de ahí que se cometa error muy grave al creer que las oleomargarinas disfrutan del mismo coeficiente isodinámico de la verdadera mantequilla. El efecto de estas vitaminas es muy notorio en los fenómenos de crecimiento y desarrollo. Las partes verdes de los vegetales, como los tallos y las hojas, las contienen también en gran cantidad.

La vitamina «C», también soluble en el agua, es, al decir del doctor Drummond, un elemento anti-escorbútico y se encuentra en el jugo de las frutas, muy especialmente la naranja y el limón.

Lo cierto del caso es que las vitaminas son de manifiesta importancia en los fenómenos nutritivos y que de la normalidad de éstos dependen las buenas condiciones orgánicas. A este propósito debemos recordar la importancia de las glándulas de secreción interna de que hablamos en el número anterior de esta Revista, demostrando como sus funciones secretoras intervienen en la nutrición.

De manera, pues, que todos los secretos nutritivos parece que están comprendidos en las funciones de las glándulas de secreción interna y en las vitaminas que contienen los alimentos que ingerimos.

Y una vez que hayamos despejado la incógnita de este problema estaremos capacitados para combatir con acierto todas las fealdades y deficiencias humanas. La normalidad nutritiva determina la belleza corpórea y todas las condiciones de la buena estructura orgánica.

Está suficientemente averiguado que todos los desperfectos y todas las anomalías que el hombre presenta provienen directamente de la mala nutrición. El raquitismo, que es terreno apropiado para todas las enfermedades, tiene por causa principal la incapacidad nutritiva. Las caries dentales, la calvicie prematura, los desperfectos de la piel, el color detestable, la flacura y la gordura excesivas, la estatura desproporcionada y sin garbo, el nanismo ridículo, las jorobas, el idiotismo físico y moral, las conformaciones defectuosas y todo lo que significa fealdad repugnante, dimana de la mala nutrición.

El vicio y el delito, los malos carac-

teres, el impulsivismo, las perversiones sexuales, la amoralidad, la pereza y la desidia, son igualmente exponentes de la mala nutrición. Los senos enjutos, las ancas reducidas y las pantorrillas enflaquecidas son los estragos de la mala nutrición en el bello sexo.

La belleza y atractivos de la especie humana son la obra de las vitaminas y de la normalidad de las glándulas de secreción interna.

FEDERICO CALVO

(De *Cuasimodo*, Panamá, Setbre. de 1919).

Cátedra de literatura nacional

En la enseñanza humanista, en el sexto año de Castellano, se manda que estudien los alumnos a numerosos autores chilenos, desde la época delicada y enorme de la Colonia. Y también se recomienda a los profesores que traten de literatura americana en general. Todo esto además de la literatura española de los siglos XVIII, XIX y XX, más lo que se refiere a Retórica y Poética, Gramática, etc., etc. A este estudio total se dedican tres horas a la semana.

Existe una literatura nacional propiamente dicha. Así lo cree la Superintendencia de Instrucción Pública. Si ella trata ahora de reformar sus programas, con el convencimiento de que muchos de ellos adolecen de graves defectos, pudiera ser que bien aconsejada pidiera la creación de una cátedra especial de literatura chilena.

Hemos tenido la suerte imponderable, como anotaba antes que yo el filólogo y poeta Bello, de haber nacido a la vida de la historia y de la civilización con un verdadero poema épico, *La Araucana*. Y no conocemos nuestra epopeya. No la leemos ni la enseñamos detenidamente como debiéramos.

A partir de esta aurora sangrienta y épica, los poetas, historiadores, los ingenios en los demás departamentos de las bellas letras nacionales, no han sido en corto número. Y apenas si uno que otro de gran renombre y fama conocen de oídas los jóvenes que estudian humanidades.

¿No hay en todo esto, acaso, una falta de patriotismo? ¿Es que menospreciamos a aquellos a quienes debe Chile más principalmente un puesto de honor en nuestra América?

Esta enseñanza de la literatura nacional tiene, aparte de sus multiples valores, uno ético de gran importancia. Contribuye a formar sobre bases inconmovibles el carácter cívico del joven, las virtudes ciudadanas. Porque, también para fortuna nuestra, los poetas y los escritores chilenos, mejor, y más abundantemente que en cualquier otro país americano, contribuyeron, por un modo u otro, a la fundación, organización y desarrollo del Estado. Sus virtudes cívicas son resplandecientes y típicas.

En mi humilde sentir, esta enseñanza de la literatura nacional no debe figurar en los programas humanistas como una cosa complementaria y tan de segundo orden; no como un simple apéndice de la literatura peninsular, sino como una principal asignatura, con su profesor especialmente preparado.

La fundación de una cátedra de literatura nacional sería la demostración más elocuente de que las ventanas del adusto, y vetusto edificio universitario, se han abierto de par en par, para que entre por ellas, plenamente, el gran aire de la renovación y del progreso, de un nuevo y amable remozamiento.

Por falta de esta cátedra, generaciones de generaciones han estudiado sus humanidades con un desprecio absoluto a los preclaros talentos que ha tenido la República, con un tan gran desprecio, que solamente tenía par en su ignorancia supina de la literatura



Todos los articulos de nuestra casa llevan el sello de nuestra marca registrada "Orinoka," y bajo ese requisito indispensable, que todo consumidor debe exigir, garantizamos sus efectos para el uso a que se destinan.

Tanto a la bondad de nuestros productos como a la presentación de ellos, se debe el éxito de su buena aceptación por parte del publico en general.

Solicítelos en droguerías, farmacias y perfumerías.

Mandamos nuestro catálogo a quien lo pida.

THE ORINOKA PHARMACAL CO.

97-99 Water Street, New York City, U. S. A.

nacional, que brilla, no con reflejos prestados, sino con luz propia, evidentemente!

ANTONIO BÓRQUEZ SOLAR

(Mercurio, Valparaíso, junio 6 de 1919).

LA HERMETICA

Un inquietante enigma la circunda
y nadie d'él descifrará la clave;
ella es arcano césamo sin llave
que en maravillas múltiples abunda.

Fija en quién sabe qué su alma errabunda,
una esquivez de corza la precave;
tiene reposos pensativos de ave,
y sugestión fatal de agua profunda.

¿Sufre? ¿Es feliz? En ella es imposible
penetrar la verdad. Velos de magia
la envuelven para hacerla inaccesible.

En una patria azul tiene su imperio,
y aquel que se le acerca se contagia
indefiniblemente de misterio...

MIGUEL RASCH ISLA

(Cromos, Bogotá, 1919).

Si es usted *un fumador de buen gusto*, llame al Teléfono **374** y pida los puros que elabora la

GRAN FABRICA DE PUROS FINOS

—— DE ——

H. E. RUCAVADO & Co.

PASO DE LA VACA

300 varas al Norte de la esquina Noroeste del Mercado.

TODA PERSONA DE COLOR PUEDE DESRIZAR Y SUAVISAR SU CABELLO

Las personas de color pueden tener el cabello lacio, espeso y suave, usando la

PELO-LISINA

única preparación que se conoce para desrizar y suavisar el cabello. Las personas de color que la han usado certifican gustosamente el maravilloso resultado obtenido. "Mi cabello es ahora completamente lacio y suave, además de haber aumentado," dicen muchos de nuestros amigos de color, después de varias aplicaciones de la PELO-LISINA. Es una preparación inofensiva y perfumada. Limpia la cabeza y aumenta el cabello, a la vez que lo desriza.

La "Pelo-Lisina" no falla ni en los casos más rebeldes. No debe faltar en el tocador de ninguna persona de color

Todas las farmacias y perfumerías la venden. Solicítela hoy mismo y si no la consigue, escríbanos, dando el nombre y dirección de la farmacia más cercana.

THE ORINOKA PHARMACAL CO., Inc.

New York

EL DESCASTADO

I

EN vano ensayaríamos una voz que les recuerde algo a los hombres, alma mía, que no tuviste a quien heredar. En vano buscamos, necios, al labio del mismo Leteo, reflejos que nos pinten las estrellas que nunca vimos. Como el perro de Chantecler, en quien unas a otras se borran las marcas de los atavismos, o como el civilizado Doctor Mévil,—heredera de todos, alma mía, mestiza irredenta, no tuviste a quien heredar.

Y el hombre sólo quiere oir lo que sus abuelos contaron; y los narradores de historias buscan el arte poética en los labios de la nodriza.

Pudo seducirnos la brevedad simple, la claridad elegante, la palabra única que salta de la idea como bota el luchador sobre el pie descalzo... Mientras el misterio lo consentía; mientras el misterio lo consentía.

Alma mía, suave cómplice, no se hizo para nosotros la sintaxis de todo el mundo, ni hemos nacido—nó—bajo la arquitectura de los Luises de Francia.

II

¿Quién, a la hora del duende, no vió escaparse la esfera rodando de la mano del sabio? Con zancadas de muerte en zancos échase a correr el compás, y huye acuchillando los libros que el cuidado olvidó en la mesa. Así se nos han de escapar las máquinas de precisión, las balanzas de Filología, mientras las pantuflas bibliográficas nos pegan a la tierra los pies.

(Y un ruido indefinible se oía, y el buen hombre se daba a los diablos. Y cuando acabó de soñar pudo percatarse de que aquella noche los ángeles (¡los ángeles!) habían cocinado para él).

III

San Isidro, patrón de Madrid, protector de la holgazanería; San Isidro labrador: quítame el agua y ponme el sol.

San Isidro, por la mancera que nunca tu mano tocara. San Isidro: quítame el sol, a cuya luz se espulgó la canalla; quítame el sol y ponme el agua.

Si por los cabellos arrastras la vida, como arrastra el hampón la querida, ella trabajará para ti, San Isidro, patrón de Madrid, deja que los ángeles vengan a labrar, y hágase en todo nuestra voluntad.

IV

Bíblica fatiga de ganarse el pan, inconsiderado miedo a la pobreza. Con la cruz de los brazos abiertos ¡quién girara al viento, como, veleta!

Fatiga de ganarse el pan; como la cintura de Saturno, ciñe al mundo la necesidad.

La necesidad, maestra de herreros, madre de las rejas carcelarias y de los barrotes de las puertas, tan bestial como la coz del asno en la cara fresca de la molinera, y tan majestuosa como el cielo.

Odio a la pobreza, para no tener que medir por pesas tantos kilogramos de hijos y criados; para no educar a los niños en escasez de juguetes y flores; para no criar monstruos despeinados que alcen mañana sus puños plebeyos contra la nobleza toda de la vida.

Porque ¿no vale más que eso ser un Príncipe sin corona, ser un Príncipe Internacional, que va chapurrando todas las lenguas y viviendo por todos los pueblos, orgulloso y grande al recuerdo de una infancia que fué de opulencia? Valen más las plantas llagadas por la poca costumbre de andar, que las sordas manos sin tacto, callosas de tanto afanar.

Bíblica fatiga de ganarse el pan, inconsiderado miedo a la pobreza. Alma, no heredamos oficio ninguno, ama loca sin economía.

—Si lo compro de pan, se me acaba; si lo compro de aceite, se me acaba. Compraremos una escoba de paja, haremos con la paja una escalera, la escalera ha de llegar hasta el cielo. Y a tanto trepar hemos de alcanzar, siempre adelantando una pierna a la otra.

ALFONSO REYES

(El Gráfico, Nueva York).

Sobre la originalidad

JEAN Moréas, moribundo, pidió a su antiguo amigo Mauricio Barrés que se acercara para murmurarle al oído sus últimas palabras: «Oye, amigo mío, tengo que decirte una cosa». La voz de Jean Moréas apenas se oía—«Ni existen los clásicos, ni existen los románticos. No hay arte antiguo, ni hay arte moderno. *Tout ca c'est des bêtises*».

Cierto, repetimos nosotros con Jean Moréas. No hay una belleza de ayer, ni hay una belleza de hoy. Hay solamente una belleza. Pero tampoco ad-

mitimos las clonclusiones que algunos —Eugenio d' Ors, por ejemplo—han sacado de las palabras del poeta para darnos como normas las fórmulas de Fidias y las fórmulas de Rafael. Ningún autor ha representado hasta hoy la total belleza. Hay en ellos más o menos cantidad de belleza. Claro que preferimos la Danaida a las Máscaras de Constantin Guys—elegancias fantasmales de Jockey Club; lionnes redondas en la hinchazón caricatural de las crinolinas—pero tampoco negaremos a Guys que ha revelado la partícula de belleza macabra que hay en sus dandys.

Si la belleza está toda en Fidias y en Rafael, ¿qué le queda a Velázquez? Si la belleza está toda en Homero, ¿qué dejaremos a Shakespeare y al Dante?

¡Loemos la originalidad! Interpretemos los estilos. Claros u oscuros, ¿que más da si dentro de ellos va encerrada una sola chispa de revelación? Exprese el poeta lo inesperado y no le importe torturar las fórmulas gramaticales que los dómines fósiles dictaron. Eso sí, evite la originalidad por la originalidad palabras mal juntadas que dejan huir el tenue hilo de belleza que dentro de ellas debía encerrarse. Muchos de los futuristas actuales perecerán como han perecido los clasicistas, los románticos, los modernistas y los simbolistas. *Tout ca c'est des bêtises.*

«La peculiar manera que en cada poeta hay de desrealizar las cosas, en el estilo», si pedimos estilo prestado, ¿cómo haremos nuestra esta desrealización necesaria para llevar las cosas a la altitud en que empiezan a ser poesía? Dejémonos de filiaciones y no impongamos filiaciones. Que la forma expresiva surja voluntaria y que tenga la intensidad necesaria para dar un valor. Los griegos nos revelan la belleza externa del hombre; la edad media se internó en el hombre. Quedan para esta nuestra época moderna todos los matices, toda la naturaleza, toda la ilimitada gamma que implica la unión del hombre externo y del hombre interno. No la podemos revelar con la fórmula de los clásicos ni con la fórmula medioeval. Creémos nuestra fórmula. Venga cada temperamento con vestiduras adecuadas. Rómpanse moldes, créense escuelas. Pero acordémonos que nuestro valor ha de radicar en la revelación que hagamos de una nueva faceta de la belleza total. No hay un arte antiguo, ni hay un arte moderno. Hay solamente una belleza. Clásicos, románticos, parnasianos... *Tout ca c'est des bêtises.*

RAMÓN VINYES.

(*Colombia.* Medellín).

EL CUARTO DE HORA

Os ruego hacer silencio, hacer un tan profundo silencio, que sintáis, como sobre un sonoro pavimento de bronce, el arribo del bello príncipe de las espuelas de oro, montado sobre su alado potro blanco, a la cabeza de su séquito de quince dromedarios, de trote armonioso y blando. Es el príncipe del CUARTO DE HORA, el de las espuelas de oro. Viene radiante de belleza, con su presente de príncipe oriental, seguido de sus quince minutos de rítmico y melodioso andar, de sus quince dromedarios cargados de majestad y de hermosura, llevando el peso del favor del príncipe. Monta el primer dromedario, entre manojos de rosas de Persia, la callada resolución nacida en un valle florido del alma; desde que una vez pasó el príncipe delante de sus ojos sintió que es su destino seguirle con lealtad. Síguela la serena constancia, la que se adhiere como la luz a la estrella, la que como la hiedra fiel muere donde se prende; ella no es la constancia que se fija con alfileres como ramos de violetas al corpiño de las damas. Y el éxito va en pos, coronado de palmas como escuchando una sinfonía de aplausos; es el éxito que llega después de la constancia, todo encendido en amor de creación; el éxito que en un instante venturoso llama a vuestras puertas, si habéis sabido recibir con los honores reales al príncipe del CUARTO DE HORA. A las espaldas del éxito camina la felicidad llevando en sus manos el vaso de los ensueños.

El descubrimiento de maravillados ojos, contemplando entre sus dedos el rayo de luz de una nueva verdad, monta el quinto dromedario. Mecidas en el sexto van, como las gracias, las tres sonrisas: la de la inocencia, la de la benevolencia y la del contento de la vida. Cada una de ellas trae en sus ojos como un bálsamo de milagro, de virtudes sedativas que apaciguan todo dolor; la mordedura aspídica de la sospecha, la amargura corrosiva del resentimiento, la devastadora tisis de la melancolía. Tras ellas, segura de sí misma, avanza la visión genial, cuya mirada se halla fija en el vuelo real de

FUNERARIA CAMPOS

La Empresa que proporciona el mejor servicio a los más bajos precios.

Teléfono número 330

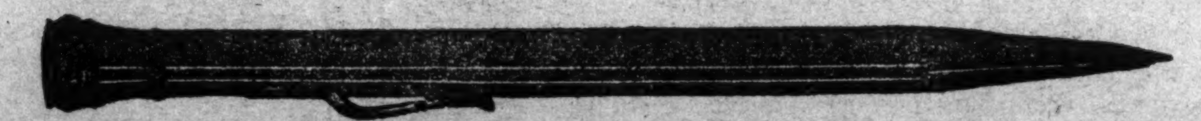
VERMICIDA INFANTIL

Remedio heroico y del todo inofensivo para los niños, infalible para expulsar de modo fácil las lombrices y parásitos intestinales.

Unica Agencia en Costa Rica: BOTICA NACIONAL PASO DE LA VACA

EVERSHARP PENCIL

ULTIMA NOVEDAD -- EN LAPICES --



DE VENTA EN LA LIBRERIA ESPAÑOLA MARIA v. DE LINES SAN JOSE, CARTAGO y LIMON

una cuadriga de águilas. La inspiración con un divino relámpago en sus manos, va como en espera de la mente meditativa, para lanzar su rayo, que ilumina y que deja un temblor de pitonisa en las blanquísimas vestales de las ideas.

La visión espiritual, de rostro virginal y de belleza excelsa, mirando las maravillas de otra esfera, viaja ciega para las cosas de la tierra. Y el éxtasis, de húmedos ojos y de boca sonriente, envuelto en una luz elísea, llevando como en santo graal una gota de ambrosía, monta el décimo dromedario y cierra el segundo grupo. Abre el tercero la salud, de perpetua juventud, como una agua de fuente, alegre y rumorosa.

Y el amor, son sus cadenas de rosas y sus róseas banderas de triunfo desplegadas, sonríe desde su feliz dromedario, delante de la dulce compasión, en cuyas manos de lirio tremula el pañuelo de batista con que enjuga las lágrimas de los ojos dolientes. La gratitud sigue a la compasión, agobiada bajo el peso de la bondad que cayó sobre su cabellera, ungida de óleos fragantes, como para embalsamar el cadáver del Ayer, que en féretro de maderas olorosas y eternas, viaja sobre el postrer dromedario. Es el Ayer que pasó junto a nosotros cargado con sus vástos tesoros destinados a magnificar nuestra existencia y que llamó a las puertas de nuestro alcázar solitario, sin que tuviésemos el valor de abandonar el diván de molicie para correr a abrirle las puertas. Y se murió el Ayer y sus tesoros se atomizaron en el océano sin límites del tiempo. Lamentos, como colgaduras de crespón sombrío, sollozan en suspensión sobre el áureo cadáver del potentado Ayer.

Y está aquí el Hoy. Y en el patio de sándalo de su extraña Alhambra se oye la canción de las Horas, cada una de las cuales, con voz que es música de cristal, recita el prodigio de su mensaje. Nuestro aturdimiento confunde sus voces y sus mensajes y su destino. La más bella de las Horas llega a la puerta de nuestra alcoba: cantando llama y sus minutos, como abejas de oro vuelan y la Hora se consume y muere delante de nuestra puerta como un puñado de rosas en el jarrón, ante el altar. Cuando ya no escuchamos su voz le abrimos y su cadáver es montoncillo de pétalos marchitos.

Oíd la voz del príncipe del CUARTO DE HORA, el de las espuelas de oro; porque así lo hicieron todos los grandes bienhechores de la Humanidad. Los dones de su caravana para vosotros son si hacéis girar las puertas de vuestro alcázar y con abiertos brazos recibís al príncipe.

Nada grande se ha creado sin esfuerzo, sin el concurso del minuto que vuela, como abeja de oro; que de la misma suerte que la vasta playa está hecha de granos de arena y de partículas de roca la solemne cordillera, con minutos de oro está construida toda la bella obra humana.

Oid la voz del príncipe de las espuelas de oro para que no tengáis que lamentar la muerte del Ayer, ni recordar el doloroso aviso de Horacio Mann: «Ayer, entre la salida y la puesta del sol, en cualquier parte perdiéronse dos horas de oro, montadas sobre sesenta minutos de diamante cada una de ellas. No se ofrece recompensa, porque se perdieron para siempre».

R. BRENES MESÉN

(Inédito).

La queja de un árbol

PARA el niño vagabundo, son sensibles los esfuerzos de los hombres cuando se aplican directamente a cosas grandes. Trasladar una gran piedra, correr tras un caballo o derribar con el hacha un grueso tronco, son acciones heroicas e inolvidables.

Los hombres tímidos y débiles que andan por la calle sin objeto visible, para el niño vagabundo son gentes inferiores y despreciables. Está seguro de que su padre, que es un comerciante gordo, y sus hermanos, educados por el gobierno, pertenecen a la raza de los enanos, y no se explica por qué ésta ha podido triunfar de la raza de los gigantes y vivir más númerosa en el mundo.

En nada gastará más alegremente sus errátiles pasos, que en seguir, sin rumbo fijo, a una banda de música que hincha la calle con sus sones; y uno de sus mejores espectáculos, es ver a un fuerte mozo que sujeta los bríos de un toro corpulento que salta por desatar la argolla dorada que atravieza su nariz.

La idea de llegar a ser un gigante de esos le ayuda para seguir vagando confiadamente. Así se entra por una calzada de altos fresnos en la que ve uno de estos árboles derribado por su base y tendido en el suelo con toda

La primera casa que anuncia haber rebajado sus precios de acuerdo con las circunstancias es

New England • LA DESPENSA • La Gran Vía

JOSEPH BONDY'S SONS
ESTABLECIDOS EN 1890
New York, U. S. A.
Cable: "JOBOSO" 39 Cortlandt St. Clave: A. B. C., 4ª Edición
BANCO: THE TITLE GUARANTEE & TRUST Co., NEW YORK
Cuentas a nombre de Joseph Bondy's Sons y Estate of Joseph W. Bondy
Especializamos en la importación de
MATERIA PRIMA DE LA AMERICA LATINA
PAGAMOS CINCO DIAS DESPUES DE RECIBIR LOS EMBARQUES EN NUEVA YORK

Importamos cantidades grandes de nueces de corozo (únicamente la nuez, sin la cáscara), fibras de corozo, cera de abejas, cueros de cabra y cueros en general y toda clase de productos naturales. Envíen muestras y precios, en oro americano, F. C. S. Nueva York.

Conseguimos venta para productos nuevos y sin valor comercial aparente.—Escríbannos respecto a cualquier negocio en nuestro ramo, enviando muestras y precios en oro americano F. C. S. Nueva York y contestaremos después de estudiarlo.

Ni del anuncio necesita
el gran almacén de GÉNEROS
y ABARROTES
LA ALHAMBRA
Tal es su crédito y su fama.

su ramasón que un grupo de hombres fieros, armados de hachas, se ocupa en mutilar todavía. El niño nunca había visto tan de cerca la copa de un gran árbol, desde donde tienden el vuelo las urracas y en donde anidan los gorriones. Le pareció asistir aquella vez a la muerte de un héroe a quien los vencedores trataban sin nobleza.

«Los árboles—pensó, alzando la vista a los otros que agitaban sus ramas con el viento—por crecer tan alto en un mismo lugar y durar tantos años, deben padecer un grande aburrimiento y han de admirarse de la lentitud con que viven los hombres, únicos de quienes podrían esperar espectáculos nuevos para divertir sus horas; pero los hombres de hoy, a pesar de tener el movimiento y la acción, padres de la ridiculez, son muy poco divertidos si se les mira desde la copa de un árbol en una calzada antigua. Si estos árboles están en pie, es porque sin ellos la seriedad de los hombres perdería su mejor testigo, y hasta creo que llegan a envidiar a los de las ciudades que, en algunos discretos países, por ley son arrancados y condenados a mejorar con su buena sombra los caminos. Frente a este árbol que ahora yace derribado, algo se cometió de que podrían avergonzarse los hombres: quizás se pronunció un discurso, se despojó a un cadáver o se suicidaron dos novios.

MARIANO SILVA Y ACEVES

(Del libro *Animula Vágula*).



SI SUFRE UD
del hígado, trátese inmediatamente. Eruptos, mal sabor en la boca, aliento fétido, falta de apetito, pereza, mal humor y biliosidad, son algunos de los síntomas de desórdenes hepáticos. El hígado es uno de los órganos más vitales del cuerpo, y requiere inmediata atención. El
JARABE ANTI BILIOSO
"ORINOKA"
DEL MONJE AQUILES
es el invencible vencedor de todas las afecciones del hígado. Su eficacia es el resultado de años de estudios y experimentos. Es recomendado por los médicos, como el más rápido y eficiente medicamento conocido. Su sabor es muy agradable al paladar.
DE VENTA EN TODAS LAS MEJORES FARMACIAS Y DROGUERÍAS.
SOLICITE EL FOLLETO
THE ORINOKA PHARMACAL CO., Inc.
NEW YORK, U. S. A.

CUBA CONTEMPORANEA
REVISTA MENSUAL
FUNDADA EL 19 ENERO DE 1913
Director:
CARLOS DE VELASCO
Dirección y Administración:
O'Reyilly, 11. Deptos. 208-10
LA HABANA, CUBA
Suscrición anual para el extranjero:
$ 5.00 oro de los EE. UU.

ESTOS BUENOS LIBROS:

Ortodoxia, de G. K. Chesterton. Traducción de Alfonso Reyes. En rústica, a ¢ 3-25.
Zanahoria, de J. Renard. Traducción de E. Díez Canedo. Empastado, a ¢ 2-50.
Diario de un poeta recién casado, de Juan Ramón Jiménez. En rústica, a ¢ 3-25.
Cervantes, de Paolo Savj López. Traducción de Antonio G. Solalinde. En rústica, a ¢ 3-25.

En la Oficina del REPERTORIO, frente a las Alcaldías, puede Ud. adquirir las publicaciones de la conocida casa editora
PICTORIAL REVIEW
DE NEW YORK:
La revista *Pictorial Review*,
el *Fashion Book*,
el *Arte de vestir*,
el *Catálogo de bordados*,
el *Crochet Book*.
También hallará Ud. un surtido de moldes para confeccionar vestidos en casa: enaguas, blusas, trajes de niños.

Las mejores provisiones, a los MEJORES PRECIOS las encontrará usted en
"LA GRAN VIA"
DELCORE, ARONNE & Co.

¡Zapateros!, ¡Zapateros!, acabamos de recibir:
Hilo negro y de color ✳ Elástico fino negro y de color
Teléfono No. 347 ALFREDO MATA y Cía. Apartado No. 127

FOTOGRAFIA IMPERIO
HERNANDEZ HERMANOS
Relacionada con los grandes estudios fotográficos de Estados Unidos, Inglaterra, Francia y España.—Posee TODAS LAS NOVEDADES en el ramo.
Estilos variadísimos, fotografías en color, siluetas, caricaturas y fantasías.
Pronto montará su Estudio en su
NUEVO LOCAL,
edificio de dos pisos que está para construirse
NADIE PAGA LOS TRABAJOS SINO CUANDO ESTA SATISFECHO DE ELLOS
SAN JOSE, COSTA RICA
Calle de la Estación, 50 varas antes del Parque Morazán

A los importadores y exportadores

Avisamos que nuestro Agente exclusivo en ésa es el señor R. Picado, Apartado 447, quien *pronto recibirá* un extenso muestrario. Somos también importadores de café, cacao, hule, etc.

Export Aktiebolaget (Lunden & Suenson)

VASTERAS (Suecia)

Imp. Exp. Mfg. Com.

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa, en su género, singular en Costa Rica.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS

Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

REFRESCOS

Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Crema, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

SIROPES

Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

GARCÍA MONGE Y CÍA.
EDITORES
SAN JOSÉ DE COSTA RICA, C. A.
APARTADO DE CORREOS 533

Ediciones Sarmiento

CUADERNOS PUBLICADOS

A 50 ctms. (20 ctvs. oro am.) cada tomito

1.—Juan Maragall: *Elogio de la palabra.*
2.—Clarín: *Cuentos.*
3 y 4.—José Martí: *Versos.*
5.—José Enrique Rodó: *Lecturas.*
6.—Enrique José Varona: *Lecturas.*
7.—Herodoto: *Narraciones.*
8.—Almafuerte: *El Misionero.*
9.—Ernesto Renán: *Emma Kosilis.*
10.—Jacinto Benavente: *El príncipe que todo lo aprendió en los libros.*
11.—Silverio Lanza: *Cuentos.*
12.—Carlos Guido y Spano: *Poesías.*
13.—Andrés Gide: *Oscar Wilde.*
14.—R. Arévalo Martínez: *El hombre que parecía un caballo.*
15 y 16.—*Rubén Darío en Costa Rica.*

El Convivio

25 tomitos publicados

A 50 ctms. (20 ctvs. oro am.)

Roberto Brenes Mesén: *Voces del Angelus* (Versos).
Roberto Brenes Mesén: *Pastorales y Jacintos* (Versos)
Manuel Díaz-Rodríguez: *Cuatro Sermones Líricos.*
Pedro Henríquez Ureña: *Antología de la Versificación Rítmica.*
Alberto Gerchunoff: *Nuestro Señor Don Quijote.*
Julio Herrera y Reissig: *Ciles Alucinada* y otras poesías.
Giacomo Leopardi: *Parini* o *De la Gloria* (Tratado).
Leopoldo Lugones: *Rubén Darío* (Perfil).
Federico de Onís: *Disciplina y Rebeldía* (Conferencia).
Eugenio D'Ors: *Aprendizaje y Heroísmo* (Conferencia).
Eugenio D'Ors: *De la amistad y del diálogo.*
Santiago Pérez: *Artículos y Discursos.*
Ernesto Renán: *Páginas escogidas* I.
Alfonso Reyes: *Visión de Anáhuac.* (Ensayo)
José Enrique Rodó: *Cuentos Filosóficos.*
Marqués de Santillana: *Serranillas y Cantares*
Rabindranath Tagore: *Ejemplos.*
Julio Torri: *Ensayos y Fantasías.*
Juan Valera: *Parsondes* y otros cuentos.
Enrique José Varona: *Emerson* (Perfil)
» » » *Con el eslabón* (Pensamientos).
Enrique José Varona: *Con el eslabón* (Segunda Parte).
Carlos Vaz Ferreira: *Reacciones* y otros artículos.
Antonio de Villegas: *El Abencerraje* (Novelita).

A 75 ctms. (25 ctvs. oro am.)

José María Chacón y Calvo: *Hermanito menor.*

El esfuerzo y la actividad triunfan en la vida

Pasa de DIEZ MIL YARDAS los géneros de algodón que fabrica mensualmente la

Compañía Industrial

EL LABERINTO

y se vende todo a medida que sale de los telares. El público puede encontrar esos famosos tejidos en «LA GLORIA», «LA LUZ», «CARRANZA Y MONTEALEGRE», MANUEL MADRIGAL

y principales Tiendas de la Capital

Imprenta y Librería Alsina—San José, Costa Rica